

La historia en el Evangelio de hoy, de la reunión entre Jesús y Pedro en medio de la tormenta en el lago de Galilea, es para nosotros muy familiar. Al mismo tiempo, esta escena no lo es completamente extraña, para nosotros. ¿Quién de nosotros no ha visto escenas similares en diversas formas en los medios de comunicación? Por ejemplo: un bombero tratando de alcanzar un brazo extendido de una persona en un edificio en llamas; una persona que se está ahogando tratando de alcanzar al rescatador en el bote de rescate; un trabajador de emergencia extendiendo una mano a una persona atrapada bajo los escombros de un edificio, que se ha derrumbado debido a un terremoto, tornado o alguna otra razón. Todas estas imágenes hacen un dramático reportaje noticioso. Todas ellas tienen algo en común con la escena en el Evangelio de hoy, es como si fueran iconos, ventanas en el misterio de la fe, en la fe humana, en la fe divina.

Generalmente, no muchas palabras son dichas en las noticias en los dramáticos rescates, sospecho que cuando el rescatador se acerca a la persona en peligro les está diciendo algo como: "Tome mi mano. Agárrese fuerte. No mire hacia atrás. Mantenga su mirada hacia mí. Usted se va a salvar."

El mismo tipo de dinámica se juega entre el encuentro de Jesús y Pedro. Pedro fue capaz de venir hacia Jesús a través del tormentoso mar, solo cuando él estaba enfocado en Jesús. Tan pronto como se distrajo, Pedro comenzó a hundirse, entonces en ese momento Jesús lo rescata y lo reprende suavemente por su "poca fe".

San Mateo nos conserva esta historia para enseñarnos como una importante lección de fe. Esta real tormenta en el lago de Galilea también nos puede servir como una metáfora para nuestra vida de ser discípulos. ¿Quién de nosotros en nuestra vida personal, familiar, comunitaria, o en la Iglesia no ha conocido el estrés y la tormenta? A veces estas son tan graves que sentimos que somos, o de hecho hemos perdido el control, el camino, la capacidad física y mental para hacer frente a las situaciones que nos viene encima. Es precisamente aquí, especialmente en medio de las tormentas de la vida, que Jesús viene a nosotros con sus seguras palabras, "¡Ánimo, no tengam, que soy yo."(Mt. 14:27). Como el profeta Elías nos dice en la primera Lectura, esta voz de Jesús puede ser una pequeña voz que nos habla desde el fondo de nuestra alma cuando estamos rezando, quizás como muchos lo han testificado cuando están orando, en adoración, ante el Santísimo Sacramento. Puede ser una palabra que resuena cuando nos encontramos con Jesús en las lecturas de la Misa, o en nuestras oraciones y reflexiones personales. Podría ser una palabra de vigor después de la recepción de la Sagrada Comunión en la Misa, o una

palabra de perdón y de paz, cuando una potencialmente pesada carga de pecado se nos levanta en el Sacramento de la Reconciliación. Esta palabra puede ser representada en nosotros a través del cuidado, y la pre-ocupación de otra persona a través de un correo electrónico, de un texto, de *twitter*, de una carta escrita a mano, de una inesperada llamada telefónica o de una visita personal, también a través de la presencia de un '*Ministro Stephen*' que nos escucha, o de un capacitado consejero profesional, o de un director espiritual. Cómo y cuando sucede esto, no es la cuestión—es lo que hacemos con ella. ¿Nos aferramos a la palabra? ¿O estamos tan distraídos por otras voces, que ni la oímos o no la escuchamos, o bien elegimos de seguir otras voces o simplemente ignorarla?

Pedro estaba a salvo si mantenía su enfoque en Jesús. Tan pronto como él se distrajo, y miró hacia otro lado, comenzó a hundirse. La invitación para tener fe, es fijar nuestra atención en Jesús y no distraerse por las tantas fuerzas que nos rodean y nos bombardean, que nos ofrecen una pseudo-salvación.

Al igual que las escenas dramáticas de rescate que escuchamos y vemos en las noticias, el Evangelio de hoy nos recuerda que la fe es una relación con una persona. El que trabaja en rescates no distrae a la persona en peligro con una discusión intelectual o técnica. Eso tiene su propio lugar, sin duda. Pero lo primero que todo, es la invitación a la fe—"Confía en mí." Así, también, lo hace Jesús.

El Papa emérito Benedicto XVI resume este precepto fundamental de la fe en un discurso público, la mañana del Miércoles 14 de Noviembre del 2012 en la Iglesia de San Pedro, en Roma.

“Muchas personas, hoy en día, tienen una idea limitada de la fe Cristiana, porque la identifican con un mero sistema de creencias y valores, en vez de la verdad de un Dios que se ha revelado a si mismo en la historia ansiosamente tratando de comunicarse con el hombre personalmente en una relación de amor con él. De hecho, la raíz de toda doctrina o valores, es el evento del encuentro entre el hombre y Dios, en Jesucristo. El cristianismo, antes de ser una moral o ética, es el acontecimiento del amor, es la aceptación de la persona de Jesús.”

Cualquiera cosa que les puede afligir hoy, Jesús está aquí, y Jesús extiende la mano, y nos dice: "¡Ánimo, no tenga, que soy yo."(Mt. 14:27).

Padre Jim Secora